

Toda la correspondencia
AL ADMINISTRADOR
D. Pedro Motilba
RAMBLA DEL CENTRO
Kiosco n.º 3

La Saeta

SEMENARIO ILUSTRADO

PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN
—
Semestre . 6 Ps.
Un año . . . 11 »
EXTRANJERO
Un año . . . 17 »

AÑO XI

BARCELONA 22 DE FEBRERO DE 1900

NÚM. 483



MELANCOLÍA

CRIADA NUEVA

—¿Se puede?

—Pase usted.

—Con permiso.

—¿Usted es la que pretende entrar de criada?

—Sí, señora, si le convienen á usted mis condiciones.

—¿Ah, sí? Usted dirá.

—No, señora; es que entra una en una casa creyendo que se va á encontrar á gusto, y luego resulta que no *encaja*.

—Pues nada; usted dirá.

—¿Tiene usted niños?

—Nó.

—Me alegro, porque *misté*, no los puedo sufrir; los más pequeños debían tener veinte años.

—Aquí no los hay de ninguna edad.

—Más vale así; *misté*, estuve yo el año *pasao* en una casa donde se reunían doce chiquillos y aquello no se podía sufrir, porque además de ellos era preciso aguantar á la madre y á los dos padres.

—¿Cómo dos?

—Sí, señora; eran dos hermanos y aunque el padre no era más que uno, el otro quería á los chicos como si fuesen cosa de él.

—¡Ya!

—Una vez que aquí no los hay, no digo nada. ¿Y compra?

—Bien, lo necesario; algo traen al por mayor.

—¡Ay, señora! Eso sí que no me gusta, porque *misté*, lo que yo guiso, me gusta *com-*



—PUES LE VÍ TAN... TAN SEÑORITO, QUE ME ECHÉ Á REIR Y LE DIJE:
«LÁSTIMA QUE LA NATURALEZA NO LE HAYA HECHO Á USTED MÁS... ¡MÁS BRUTO.»

pralo yo, porque luego si sale mal *ú* cosa así, no es mía la culpa. ¿Hacen ustedes extraordinarios?

—¿Cómo?

—Sí, platos de dulces y de repostería; si es así, no cuenten conmigo porque lleva mucho tiempo el hacer un plato de eso y luego resulta que no les gusta.

—Haciéndolo bien...

—Ni aun así; *misté*, en una casa donde yo serví ocho días, se incomodaron conmigo porque al partir un flán que había yo hecho, encontraron en él una peineta mía; ya ve usted, eso le pasa á cualquiera.

—Sí, á cualquiera (que no tenga cuidado).

—¿Y visitas? Porque mire usted, lo peor en las casas son las visitas; que viene una, que se va otra, que hay que abrir la puerta, en fin, que en algunos *laos* es un jaleo; en casa de unas señoritas donde yo estuve, no cesaba la campanilla un momento, y cuando no eran visitas eran recados.—¿Está Purita?, déla usted esto.—¿Está Nati?, dígala usted que vendré á la noche; en fin, un jaleo, todo el día entrando gente y menos mal que algunos se quedaban toda la noche, y eso se ahorra una de abrir la puerta.

—Pues aquí vienen pocas visitas.

—Me alegro, porque ya digo, son muy car-
gantes.

—¿Tiene usted peinadora?

—Nó, me peino yo sola.

—Es mejor, no se puede usted figurar lo enredadoras y entrometidas que son; *misté*, en una casa servía yo, en que iba una á peinar á la señora, pues ésta ¡pobrecita! tuvo un disgusto horrible por culpa de la peinadora.

—¿Sí?

—Vaya, porque la señorita tenía relaciones sin que lo supiera el marido, ¡claro está! con otro señorito muy guapo, que llevaba el bigote muy retorcido, y los pobres marchaban perfectamente queriéndose una barbaridad, pero á lo mejor se enteró la peinadora, y como son tan chismosas, le fué con el cuento al señor, y éste, no sabe usted cómo se puso; lo menos en tres días no comió junto con la señorita, ¡era mucho el genio suyo!, y es lo que él decía: «que no le gustaba andar en lenguas de mujeres así.»

—Ya, ya.

—Y es que hay gente mala, ¿sabe usted?, que goza haciendo mal; yo nunca me he metido en las cosas de mis señoras; ellas habrán podido tener sus líos y sus trapicheos, que lo que es por mi parte no he *molestao* á nadie, y es que una se hace cargo y como una no es de madera, en fin, señora, que usted por su parte, puede estar tranquila conmigo.

—¿Yo?, no hace ninguna falta; aquí no hay líos.

—Más vale así, porque *misté*, los hombres

no proporcionan más que disgustos, y se lo dice á usted una que está bien *esperimentá*, porque ¡hay cada pillo!, *misté*, tuve yo relaciones con un chico guapísimo que me tenía medio loca, porque era más zaragatero y más salado, pero que á última hora me resultó un pillo, porque me enteré que estaba *liado* con otra y que tenían entre él y un *amigo* un



UNA CARA QUE ES «MAS-CARA»
Y NO HAY CARETA EN LA CARA.

hijo de ella; ya ve usted qué escándalo, ¿verdad?

—Claro.

—Sí, es lo que yo le digo; las tontas somos nosotras, que le tomamos ley á un hombre y no sabemos quitárnosle de encima, nos sacrificamos por él, le entregamos nuestro afecto, nuestro dinero y nuestra voluntad, quedándonos hasta sin camisa si hace falta y él concluye por hacernos una porquería, porque somos tontas.

—Sí.

—Usted dirá que hablo mucho.

—Nó, no digo nada.

—Es que soy así, ¿sabe usted?, mi genio no puede ser más franco.

—Hace usted bien.

—¿Y salir? Porque yo, en casa que no salga todos los domingos y días de fiesta y alguno que otro ratito por las noches, no puedo estar; se me cae la casa encima, y más si está

La Saeta

una sola en la cocina: usted ya irá algunos ratitos.

—¿Dónde?

—A la cocina; ó usted ó el señorito.

—Nó, el señorito nunca.

—Ya, no es de esos que les gusta *andar tras* las criadas.

—Nó, el señorito no anda más que *tras* de mí.

—Es mejor, porque *misté*, hay algunos más pegajosos y más sobones... estuve yo en una casa donde había dos señoritos, y siempre había alguno de ellos en la cocina y sin estarse quietos, ¿sabe usted?, sobre todo uno de ellos tenía unas manos, pero anda, que bien le escarmenté, porque un día las sacó llenas de sangre.

—¿Sí?

—Vaya, le dí con las tenazas; me quejé á su padre y ¿sabe usted lo que me dijo?, «que les dejara, que así todo se quedaba en casa,» y ya vé usted, cuando si una quisiera...

—Claro.

—Bien, ¿y de sueldo?

—Pues usted dirá.

—*Misté*, yo, hasta ahora, he ganado en todas partes cuatro duros; pero aquí, una vez que no hay niños, ni qué hacer mucho, ni así grandes cosas, me quedaré por cinco.

—¿Sí?

—Sí, señora.

—Bueno, y no tiene usted alguna otra exigencia.

—¿Cómo, exigencias yo, cuáles?

—Sí, si no tiene usted más condiciones que pedir.

—No, es decir, por ahora no se me ocurren.

—Más vale así, porque la verdad es que no tiene usted muchas. Y ahora yo; diga usted: ¿toca usted el piano?

—¿Quién yo?; no, señora.

—Ah, pues entonces no me conviene usted; vaya usted con Dios.

—Ya vé usted, como he de tocar... si precisamente eso es lo más impropio para una muchacha de servicio... Justamente el hijo mayor del dueño de la tercera casa donde fuí á servir, quería enseñarme á tocarlo, y aquel pillo con quien tuve relaciones, me lo prohibió terminantemente.

—Pues es la única condición que me veo precisada á imponer á usted.

—Entonces, quede usted con Dios, señorita.

—Vaya usted con él, y de hoy en adelante no sea tan modesta: pida usted más cosas.

—Abur.



HE DE CONTAR EN DOS LÍNEAS—TODO LO QUE VALES TÚ.
ANDA VE Y CUENTA EL ESPACIO—QUE INCENDIA EN RAYOS LA LUZ.

AGUSTÍN R. BONNAT

PEDRO MOTILBA

La muerte implacable que pasa por todo sembrando duelos y tristezas, acaba de arrebatarlo al cariño de los suyos, hiriéndonos á todos en lo más íntimo de nuestro ser con el soplo frío de la realidad.

Pensando en el amigo ausente que nos ha precedido en esa crisis de la vida, las ideas se agolpan y se atropellan queriendo llegar juntamente á la punta de la pluma. El cerebro casi no puede imponerse al corazón, agitado por las revueltas de las grandes pesadumbres.

Y se comprenderá tan extraña disposición de nuestro ánimo; Pedro Motilba no es sólo para nosotros el hombre que desaparece: es el alma que animaba esta casa, y á cuya sombra nos sentíamos todos fuertes para la lucha, para la interminable labor de esta inmensa tela de Penélope que recibe el nombre de periódico.

A su iniciativa y á su constancia, en primer término, se deben todos los triunfos, que no son escasos, de LA SAETA. Fundóla él, y la prosperó lenta, pero firmemente, conquistando paso á paso la voluntad del público. Se le veía siempre afanado en esa empresa tremenda, que tantas energías y alientos consume, de compulsar la opinión, de solicitarla para rendirle parias, para devolverle con desvelos continuos sus aplausos, y traducir en sacrificios sus favores, que él agradecía mostrándose orgulloso de merecerlos. A su lado era imposible permanecer inactivos ni indiferentes, porque poseía la magia de infundir á todos fe en el trabajo, entusiasmo en la idea, vehemencia y ardor. ¡Pobre Pedro! Herido y todo de muerte, haciéndose superior al agotamiento que le iba minando brutalmente, no reposaba, no podía declararse vencido, ¡no quería! Revolvíase en actitud valerosa contra el monstruo que le devoraba, sostenido por un nervio y una voluntad admirable de que hay pocos ejemplos en esta mísera existencia humana. Cayó en el último instante, y cayó como cae el guerrero esforzado, adorando en su ideal. Todavía en su lecho de dolor, casi moribundo, forjaba proyectos su imaginación abrasada y calenturienta, y estaba atento á cuantos asuntos le interesaban, para la prosperidad de sus negocios. Dios fué piadoso con él apagando antes la llama de la inteligencia que las energías vitales.

El entierro de Pedro Motilba fué una verdadera y espontánea manifestación de duelo. ¡Y cómo no, si en torno al ataúd que encerraba su cadáver tenían que agruparse los numerosos amigos, cuyo trato supo granjearse en vida con su carácter sencillo y bondadoso! Era este carácter entero, de una rectitud y de una honradez á prueba, y lo animaba un alma noble, ingenua, candorosa; imposible que con estos dones no ejerciera el soberano dominio de atracción que es irresistible en hombres así. Nosotros, en nombre de la familia y en nombre propio, rendimos un verdadero testimonio de gratitud á cuantos, de una manera ú otra, acompañándonos en el último y triste homenaje ó manifestándonos su duelo, han tomado parte en esta inmensa aflicción. El muerto no deja más que respetos y simpatías, y al elevarse á las serenas regiones de la luz habrá sonreído gozoso.

Descanse tranquilo el irreparable compañero, el alma noble, la iniciativa fecunda que ha vivido entre nosotros: su recuerdo flotará perennemente en esta casa, y su sombra pasará por ella sin extinguirse, dándonos fuerza para continuar en esta batalla sin fin. Su memoria nos servirá de escudo, y si es verdad que por destino de la Providencia sus despojos han vuelto á la madre Tierra para cumplir la eterna ley, su alma está viva, con el afecto indestructible de cuantos tuvimos la fortuna de merecerle afecto y estimación.

Sí, ese recuerdo, esa memoria sagrada nos animará, redoblando nuestras energías, para que LA SAETA, su ídolo, su entusiasmo, su sueño de tantos años, siga acrecentándose, viviendo como hasta aquí honrada con el favor de ese público que él tanto amaba y á que dedicaba infatigablemente todos sus desvelos.

La Redacción

MENUDENCIAS

El amor en el hombre, es un cuaderno
que al principio está en blanco,
pasan los días, y al final se encuentra
del todo emborronado.

Antes, siempre que dormía,
con tus encantos soñaba,
pues con ansia te quería,
y entonces ambicionaba
que nunca fuese de día.

Hoy, como siempre, te quiero;
mas al ver que por dinero
me conseguiste olvidar,
procurando no soñar...
¡con qué afán el día espero!

No te quieras adornar
nunca con perlas, Dolores.
¡Considera que á las flores
no hace falta engalanar!

JUAN MANUEL GALLEGO



¡QUÉ OJOS! ¡SEÑOR, QUÉ OJOS!

REUTLINGER

El Viejo Verde



QUIÉN no conoce el tipo del viejo verde? No hay población, por insignificante que sea, que no cuente alguno de esos vejstorios, resueltos á no conformarse con el curso natural de la existencia; rebelándose de continuo con la naturaleza, á la que tienen en constante lucha con los cosméticos, dientes y pelo postizos, tinturas y langostines con salsa picante.

Uno conozco yo que podría servir de modelo á todos sus colegas: llámase don Lugardo; enjuto de carnes, ojos azules y vivos á pesar de la continua supuración de sus lacrimales, defecto que por no achcarlo á la vejez, lo aplica á un exceso de sentimiento ó á un continuo resfriado; larga y seca nariz, cuya punta ostenta siempre, como brillante montado al aire, una líquida perla que al desgastarse de su colosal montura, vuelve á aparecer en el mismo sitio otra, y otra con una constancia vertiginosa.

Vésele á todas partes, en paseos, teatros, carreras, llevando sus ochenta años áuestas con un valor espartano. Para él el tiempo no transcurre y aun algunas veces se pregunta á sí mismo si empezará en él el fenómeno de la eterna vida.

Su modo de ser es el del más acicalado pollo con quien se complace en entrar en lucha, y la verdad es que no siempre sale bien librado su contrincante.

Al igual que el don Juan de la leyenda, dirige sus tiros á todas partes, desde la princesa altiva á la que pesca en ruín barca. Vésele por la mañana vestido á la negligé, codearse con los asistentes y marmitones á la entrada de los mercados, más tarde pelando la pava con las floristas, y por la noche en las tablas de los escenarios. Allí, allí es donde está el viejo verde en su elemento.

En el ramo de bailarinas y figurantas es en donde cuenta más victorias.

Allí, entre bastidores, encendido su apergaminado rostro por la luz de las baterías del gas, es en donde tiende sus redes ese ochenta céntimos de siglo.

Pasan las jóvenes y voluptuosas artistas por su lado, á las que devora con su mirada de gato trasnochado. Para esta caza no tiene rival.

Lo primero que procura después de haber escogido su víctima, es buscar en algún rincón del escenario la acurrucada silueta de la mamá, que espera la hora de concluir en su casa el sueño que ha inaugurado en el teatro. Allí entablan relaciones los dos fósiles, en tanto que la educanda de Terpsícore, que ya ha notado la caza, no pierde de vista al seductor mientras ejecuta sus ejercicios cogida de un bastidor, lanzando puntapiés al aire ó recogiendo repetidas veces su quebrado cuerpo, imitando el característico saludo del principio de nuestro bienaventurado siglo.

—¡Qué hermosísima hija posee usted!, exclama el gastado Tenorio, echándose el sombrero sobre las cejas, cuyo movimiento hace rodar el desgastado brillante de su nariz en las secas manos de su interlocutora. Levanta la vieja la cabeza y una sonrisa de satisfacción deja ver



CAPRICHOS ASTRONÓMICOS

La Saeta

una boca como un cementerio morisco. En aquel momento óyese una acentuada interjección, lo que obliga á volver la cabeza á nuestro don Lugardo.

La sílfide, distraída con el viejo verde, ha roto de un puntapié las narices al segundo apunte que iba á dar una salida á una primera parte. A tan inesperado ataque, rompe el lesionado sujeto en denuestos contra la bailarina, la cual á la vez se desata en improperios contra él por haberle llenado la zapatilla de raso blanco, de un líquido viscoso y sanguinolento.

—¡No tiene usted ojos!, exclama el agredido, sujetándose las narices como si temiera que se le escapasen.

—Nó en los piés, replica la interpelada.

—Vaya á hacer los ejercicios en su cuarto.

—No me da la gana.

En esto, don Lugardo, que ve una ocasión llovida del cielo, se interpone entre los beligerantes.

—¡Que está usted hablando con una señora!, exclama haciéndose el desfacedor de agravios.

—¡Qué señora ni ocho cuartos!, grita el apunte.

—Sí, señor, y muy señora; chillla la vieja levantándose del taburete y yendo á aumentar el grupo batallador.



En esto, el director de escena, que tenía unos versos en el paño y le han faltado por la distracción del segundo apunte, entra lanzando sapos y culebras, crece la confusión, la sílfide se desmaya, la entran en un cuarto, corren por vinagre.

—Que la desabrochen, grita la mujer del maquinista.

Don Lugardo, que se preparaba á prestar este servicio, es rechazado por la vieja, que sólo le permite sujetarle las piernas, dispuestas, según los rápidos movimientos que ejecutan, á romper más narices todavía.

Al fin cesa el tumulto, vuelve en sí la niña que pide por retirarse, espera don Lugardo un momento mientras cambia de traje, y á los diez minutos sale del teatro nuestro don Lugardo del brazo de la niña, seguidos de la vieja que dos pasos atrás, maldice la

¡QUÉ DE LOCOS PENSAMIENTOS, QUÉ DE ANHELOS, QUÉ DE ANSIAS
DESPIERTA POR ESOS MUNDOS ESTA CABEZA GITANA!

desgracia que de señora de un teniente de carabineros ha pasado á mamá de una sencilla figuranta.

Han pasado cuatro horas. Don Lugardo, ya de vuelta á su casa, pasea por su aposento apurando un pitillo y tarareando la cavatina de la *Sonámbula*. Hernán Cortés, después de la batalla en la que destruyó los diez mil Aztecas, no quedara tan contento como nuestro don Lugardo en aquellos momentos.

Por fin se apuró el cigarrillo como se apura todo lo de este mísero mundo, y después de contemplarse un momento en el espejo, y disponiéndose á descansar de las emociones del día, empieza el desmonte de su personalidad, repartiéndola en piezas sobre los muebles de su cuarto. Quitase su peluca, la que deja en descubierto una cabeza tersa como si fuera forrada en raso; después de colocarla en el respaldo de una silla, introduce el pulgar y el índice dentro de su boca y saca un magnífico aparato, dejando caer cual la losa de un sepulcro sus quijadas una sobre otra, cambiando por completo el *orden* de su fisonomía; arroja la dentadura postiza dentro de un vaso de agua cristalina, y agachándose y haciendo una extraña mueca, deja caer dentro el mismo receptáculo un magnífico ojo de cristal, que, reunido con la artificial boca, forma junto con el vaso, el aspecto de un animal raro que parece se está riendo á carcajada suelta de nuestro afortunado protagonista.

Quitase luego los pantalones, y después otros de armar, quedando al descubierto unas piernas con humo de flautines. Apaga por último la vela con una cajita de fósforos, y se tiende en su mullida cama, que ni gime bajo el peso de aquello que ha quedado de nuestro don Lugardo.

A poco dan las dos y media, y sus acompasados ronquidos demuestran que el viejo verde está tal vez soñando con su pasada conquista.

EPILOGO

Han pasado ocho días del en que han ocurrido los hechos que acabamos de narrar. Sentado en el despacho de un célebre doctor está esperando turno nuestro don Lugardo. Tiene el aire compungido. Los acontecimientos de aquella noche del teatro parece le traen preocupado, pues según informes ha suspendido las visitas á la figuranta. ¿Qué le habrá sucedido? Lo que frecuentemente originan las salidas de teatro. Una laringo-bronquitis.

A. FERRER CODINA

DESDÉN

Doy vueltas angustiado por la cama,
é inútilmente busco un dulce sueño,
porque esta muerte, á la verdad en pequeño,
no acude presurosa á quien la llama.

La frente se me inflama
al soplo de la idea y frunce el ceño,
cargada con el yugo de tal dueño,

que sustenta al gigante de la fama.

Tengo fiebre, y estoy calenturiento
de tanto padecer; el alma siento
de una congoja horripilante enferma:

Me echas del cielo de tu amor rodando
á los abismos de un desdén nefando:
¿cómo es posible ¡mísero! que duerma?

CARLOS SAMUEL



—¿NO LE PARECE, SEÑOR,
QUE MI TIPO ES SEDUCTOR?



UN BOCETO AL NATURAL—DE HERMOSÍSIMA MUJER
QUE YO QUISIERA TENER—LOS DÍAS DE CARNAVAL.

ESPLUGAS

Cañitas

I

Son tus ojos dos espejos
y en ellos nada sé ver
que no sea dulce instinto
propio sólo de mujer.

II

Anda y deja que te llame,
que si de veras te quiere
no tendrás que ir á buscarle...

III

Ojalá me sirvas tú,
cuando yo me encuentre á oscuras
como rayito de luz.

IV

Son los suspiritos hondos
palabritas que se callan,
notas salidas del pecho
que se deshacen en lágrimas.

V

He comparado á una noria
la escalera de tu casa:
tan pronto como uno sube,
en seguida el otro baja.

VI

Has cometido una falta
y te borro mi querer.
¡Papel que ha sido rollado
se le conoce después!

VII

No ha comprendido el doctor
la enfermedad que padezco;
á mí me falta cariño
y me dominan los celos.

VIII

¡Ay gitanilla de mi alma,
quién pudiera despertarse
muy cerquita de tu cara!

IX

No me pidas, serranita,
alegría en mis cantares.
¡Soy como cuerpo sin alma
desde que ha muerto mi madre!

X

Soy un náufrago que acude
á las playas de tu puerto.
¡No me prestarás amparo
morenita de ojos negros?

XI

He sabido que me quieres,
que al verme se ha sonrojado
aquella cara de nieve...

XII

Las flores que yo le puse,
cuando destapé la caja,
las hizo mover el viento
y creí que las besabas.

J. ENRIQUE DOTRES



LOLA BEETH

REUTLINGER

LIBROS Y COMEDIAS

B. PÉREZ GALDÓS.—ESTUDIO.—VERGARA

II

No puede, en efecto, la crítica medir el genio de quien se *mueve* constantemente en diversas direcciones. Los *sondeos* de inspiración no acusan otros cálculos que los precisos para marcar las órbitas recorridas por este astro luminoso. Las *diferencias* son sensibles, aún para los menos avisados y doctos; pero, ¿se sabe si puede deducirse por los datos adquiridos á dónde va esa alma en su constante proyección á través de los espacios infinitos del arte? N6.

Y digo también que no es esta vana figura, imaginada con ánimos de trastear en el lenguaje, según demostraré: de Galdós no se ha visto hasta ahora sino una *cantidad* de genio traducida en progresiones crecientes, constantemente varias, de una équis irresoluble, pues el logaritmo que la fija acusa un error tan grande, tan grande, que se pierde en la inmensidad.

Vamos á ver si es cierto, convirtiendo todos estos signos astronómicos y algebraicos á más llanas y vulgares explicaciones, que fijen mi pensamiento y hieran prontamente nuestra imaginación.

¿Qué artista es Galdós? ¿Cómo determina el crítico su filiación literaria? ¿Quién osa circunscribir los límites de sus evoluciones? ¿En dónde fijamos el centro ideal de sus *movimientos* progresivos? ¿Cuándo, en qué instante de su labor, ha descubierto la *vena* que le inspira, determinando de consiguiente el relieve de su personalidad? ¿Puede decirse á la postre, Galdós sobresale en este género ó domina en la otra escuela? Lo único hábil es examinar separadamente cada una de las producciones, y estirando, estirando, cada uno de los grupos en que éstas se hallan comprendidas, sin establecer, con absoluta sentencia, dictamen de prioridad. Por ejemplo, incurre Menéndez Pelayo en error diciéndonos, *Fortunata y Jacinta* es la novela que merece plácemes, comparada entre los demás escritos de este ilustre. Menéndez Pelayo se ha puesto lentes y ha cerrado un ojo; no ha visto, pues, sino una parte del edificio intelectual levantado por el artífice en las regiones azules, inundadas de luz. *Fortunata y Jacinta*, es, paréceme indiscutible, *documento* recomendable para el estudio de Pérez Galdós, considerado como novelista; nó la prueba decisiva, que figure en el proceso crítico. Concedo que se repute entre las *mejores* obras, y se la compare á una estrella de primera magnitud; ¡pero la única! Si Pérez Galdós no hubiese dado á la stampa más que *una serie* de novelas, el juicio sería exacto; relacionando los diferentes *modos* de su *actividad*, nó. En *Fortunata y Jacinta* se presentan los primeros caracteres de la comedia humana, de la extensa comedia humana que el escritor va desenvolviendo en sus libros, desde muy diversos puntos de mira, fijando *actitudes*, determinando *momentos*, reproduciendo *paisajes* con escrupulosa y nimia exactitud. Y digo los primeros caracteres, no porque antes



falten en las producciones de Pérez Galdós elementos de estudio, pero porque en la citada se ven más claramente determinados: y con tanto arte, con tanta verdad, con tal precisión, que el más grande elogio de la obra está en el dictamen de un docto como es Menéndez Pelayo, si no reñido con tales justicias, claro, ajeno por su historia, por sus gustos, por sus *afinidades*, por lo que vulgarmente llamaríamos tacto de codos, á ciertas fórmulas, á determinadas manifestaciones.

Menéndez Pelayo es razonable en su juicio, porque, efectivamente, *Fortunata y Jacinta*, leída entre muchas otras novelas, resulta (analizándolas una por una, distintamente todas) la más completa en extensión de pintura humana, de *perspectiva social*, de *realismo inmediato*, ese *realismo* que hiera más pronto nuestros sentidos que nuestra inteligencia. ¿Confundiremos *Fortunata y Jacinta* con *Gloria*, con *Misericordia*, con los *Torquemadas*, que son en este orden de ideas las que más se aproximan y resisten la comparación? Nunca. ¿Por qué? Es muy sencilla la respuesta: porque ninguna de esas obras pertenece á un mismo período literario, ni á una sola inspiración, ni á un determinado y único *movimiento* en pos del ideal. *Fortunata y Jacinta* es más completa que todas las obras de Pérez Galdós, conocidas hasta la fecha, en cuanto consideremos el mundo y la sociedad que dentro de él se produce como *sensación*, no como *idea*, hábil y discretamente unidos estos dos *hemisferios*, donde adquiere forma y se esfuma la individualidad HOMBRE. Los tipos son allí tipos *veraces*, no copiados, sino *propiamente* productos de un acto fisiológico, y se desenvuelven en un medio especial, y aparecen influídos por muy claras fórmulas sociales. No sólo obedecen á leyes indiscutibles de la Naturaleza, sino que están *cerca* de nosotros; caen con impulso inmediato dentro de nuestro círculo; y es la lógica que les dirige nuestra lógica de cada día, la que usamos para andar por casa, con bata en el cuerpo, con gorro en la cabeza, con zapatillas en los pies. ¿Están en ese caso *Gloria*, *El amigo Manso*, *Incógnita* y *Realidad*, *Nazarín*? Torpeza imperdonable sería contestar afirmativamente esta pregunta.

Pero Galdós, que ha producido, efectivamente, con la novela de que hablo, una obra maestra, no sube, encaramándose por sus páginas, á las alturas sublimes de su *genio*, ni transpone al escribirla los límites de su inspiración. Los *Torquemadas*, que, como ya he dicho, queriendo *clasificar* á puñetazos (porque ordenadamente fuera imposible), estableciendo sólo una muy débil relación de analogía, los *Torquemadas*, repito, podrán en ciertos puntos parecer inferiores á *Fortunata y Jacinta*, pero le superan en otros. ¿Y qué se agregará de *El Abuelo*, obra nunca bastante encomiada, aunque la elogie la pluma con todo el ardor que mueve el ánimo á los extremos de su admiración, traducida en frases vehementes, calurosas?

¡Ay, nó! Es imposible designar si unos libros tienen tales ó cuales virtudes que no se noten en éstos ó en aquéllos, sencillamente porque el de aquí no se parece al de más allá, de la misma manera que los hijos de un mismo padre, presentando el tipo de familia, no son iguales entre sí: ¿qué más? hasta la característica, el estilo, que es como la fisonomía de los escritores, aparece mudable, y sensiblemente varia (sin quebranto de la unidad, para mayor desespero) en este hombre extraordinario. Compárese sino la primera serie de episodios nacionales con la segunda, véase la distancia que hay entre *Marianela* y *Tristana*, búsquense las diferencias no poco sensibles, siempre refiriéndose al estilo, que se notan examinando *El amigo Manso* y *El Abuelo*, y póngase sobre todo *Gloria*, junto á *Incógnita* y junto á *Realidad*.

La prosa de Galdós ha sido siempre clara, vibrante, de entonación dulce: las palabras se traban en el período con gentil llaneza, resbalando casi, hasta el vocablo final que cierra la cláusula; pero al mismo tiempo acusando la principalía del ingenio que las convoca y combina para transmitir los deslumbramientos sublimes del espíritu. Su estilo adquiere proporciones de escultura humana, cuyos perfiles y trozos ofrecen la sublime y regia belleza de la sencillez. Además, ese estilo, esa prosa de que hablo tiene *acento*, cosa que no es común entre todas las inteligencias, y aun tratándose de elocuentes prosistas. Se me permitirá que vuelva á interrumpir este estudio, pues no queda espacio ni tiempo para completarlo ni para entrar en el examen de *Vergara*.



J. F. Luján

BELLEZAS NATURALES



LAS TRES PALOMAS

ESPLUGAS

UN VIAJE DE RECREO

(CONCLUSIÓN)



—¡QUIÉN DIRÍA QUE EL SOMBRERO TIENE VIRTUD PARA CONVERTIRTE EN SEÑORA!

—De ningún modo, querido primo; ya sabes que entre nosotros no hay abusos y que lo mismo dispongo yo en Madrid de tu experiencia y dinero, como lo haces tú en San Sebastián de mi persona y de mi bolsillo. Pero, en fin, no se trata de eso. Está morando sobre nuestras cabezas, en el piso segundo de esta casa, la hechicera paloma de mis amores. Es una rubia como un sol, más preciosa que una hurí del bello paraíso y que me deja tan hechizado cuando la veo, que no consigo poder significarla mi pasión de ningún modo. Además, nunca va sola ni la permite estirar las piernas en una contradanza, el ogro de su padre, que la acompaña al palacio de Indo ó al Kursaal. Hace ocho días que esa falta de comunicación causa mi pena y he decidido enviarle esta declaración, pero que es difícil llegue á sus manos si tú no te decides á llevarla con cualquier pretexto.

—Chico, estás atacado de una enfermedad que puede ser grave y eso me obliga á ser en esta ocasión tu médico. Espera diez minutos que necesito para vestirme y ponerte en cura.

Diciendo esto, cerró Luis las cortinas de su pabellón, y al poco rato se hallaba dispuesto á oír la consulta y empezar el tratamiento.

—Es preciso, pues, le dijo Juan, que inmediatamente, ahora mismo, subas á preguntar por el señor de Encías, rico y célebre profesor dentista, y aprovechando la ocasión procures ver el medio de hacer llegar á su hija, que es mi hechicero ideal, este billete.

—Pero hombre de Dios, ¿y de qué pretexto quieres que me sirva para visitar á este buen señor?

JUAN era un hablador sempiterno, costumbre en él adquirida desde que perdió su afición al estudio; así es que Luis, sin oponer resistencia á la charla de su primo, se dejó conducir hasta el hotel donde la familia ocupaba el piso principal, preparado con el lujo y magnificencia de que podían disfrutar unas personas ricas.

Luis saludó á sus tíos y á sus dos elegantes primitas, Amelia y Carolina; estuvo muy feliz durante la comida, que amenizó con su siempre interesante conversación y habitual galantería, lo que hizo se prolongase la sobremesa, y después se retiró á descansar, instalándose en un gabinete contiguo al de Juan.

Serían las diez de la mañana del día siguiente cuando aquél vino á despertar á su primo, trayendo en la mano un perfumado billete sobre el que iba á versar sin duda su animada conversación.

—Querido Luis, no consiento que cuando todos se hallan de punta, estés todavía recostado perezosamente. Aquí has de acostumbrarte á madrugar, si quieres conocer las agradables emociones que nos proporciona el paseito á la Concha, cuando el mundo *com' il faut* asiste á disfrutar del primer baño. Además, ya sabes por mi última carta que te estaba esperando con impaciencia grande, porque, chico, estoy enamorado como un bruto y es preciso que me ayudes á terminar mi conquista. Sigo, como siempre, siendo excesivamente tímido con las mujeres, y á ti no será difícil dispensarme este hermoso favor, puesto que eres en cambio el *lion amoureux* del bello sexo.

—¡Bravo!, exclamó Luis riendo; te quieres vengar de mis abusos de confianza imponiéndome alguna penitencia.

La Saeta

—Eso no es cuenta mía, pues sé que para tí es cosa fácil. A mí me sería imposible hacerlo, por la misma emoción que me causa todo lo que se refiere á mi amada. Tú puedes decir que vas á que te extraiga una muela.

—¡Caramba! Sería eso una broma bien poco divertida para mí, y mucho más cuando han tratado ya de rompérmelas hace pocos días. Pero, en fin, haré por tí cuanto se hace por un hermano.

—¡Siempre has sido mi salvación!

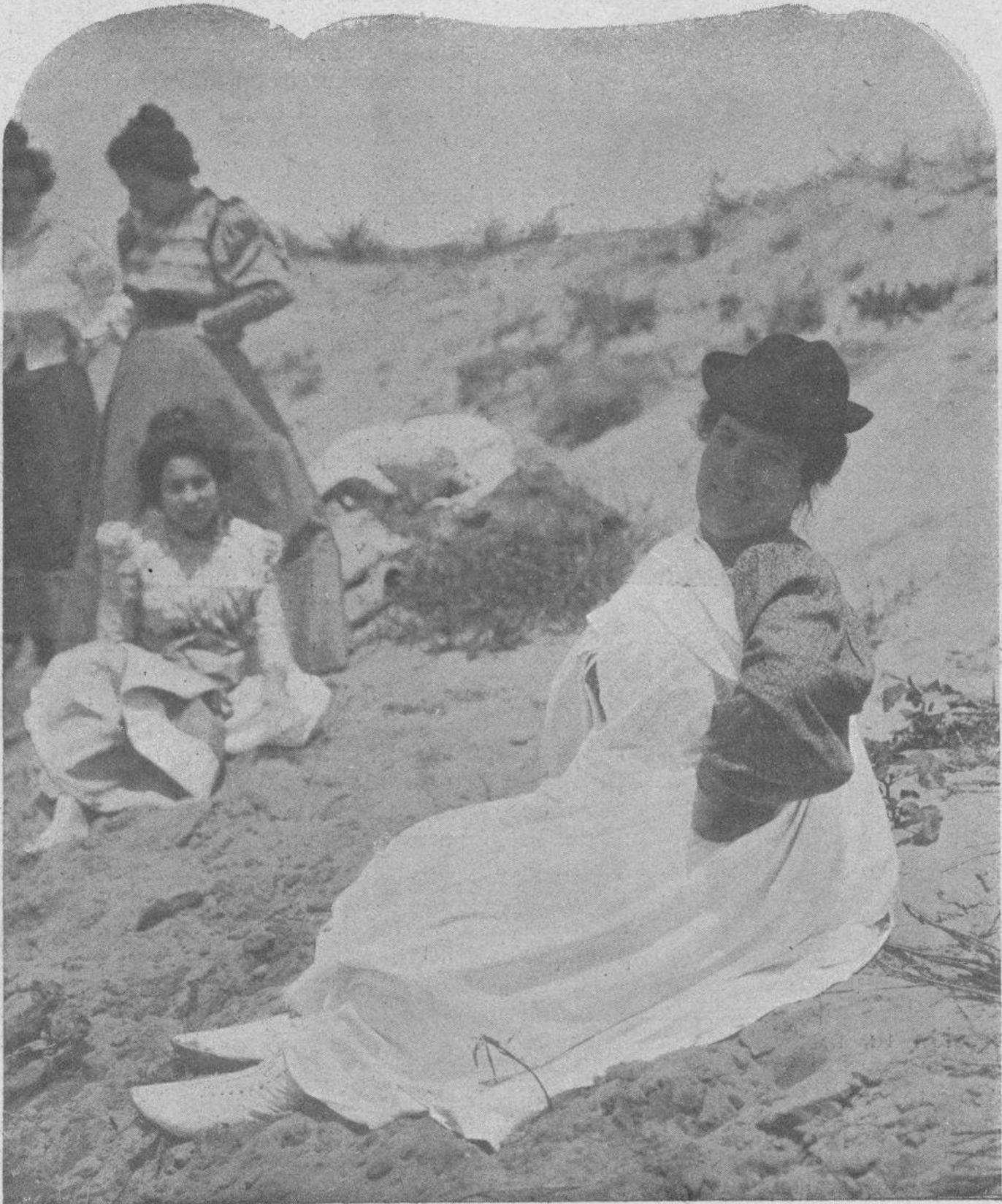
—Venga el billete, y adiós. Bien pronto, muerto ó vivo, habré salido de esta funesta batalla.

Luis emprendió la ruta que conducía á la habitación del señor Encías, subiendo de dos en dos las escaleras, y al poco rato entraba en ella, encontrándose frente á frente de una hermosísima joven.

VII

Aquella era la hija del dentista.

La agradable impresión que produjo en Luis semejante joven, que era extremadamente rubia, de ojos azules, expresión divina y una pequeña boca sonriendo tan dulce como naturalmente, casi estuvo á punto de hacerle olvidar á su buen primo Juan y el objeto de la visita,



—¡CUÁN SOSO QUE ES EL CAMPO Y QUÉ ABURRIDO SI NO TIENE UNA AL LADO Á SU MARIDO!

decidiéndose á trabajar por cuenta propia, pero Luis era noble en sus sentimientos y jamás hizo traición á su palabra.

La joven parecía sorprendida; y saliendo Luis de su éxtasis pasajero,

—Señorita, exclamó: ¿tendrá usted la bondad de decirme si podré ver al señor de Encías?

—Está ocupado ahora mi señor padre, pero si tiene usted á bien esperar...

—Casi, casi me alegro. Dispense usted mi franqueza, pero no la extrañe. He venido aquí sufriendo un terrible dolor de muelas, decidido á arrancarme aunque fuesen media docena; pero desde que la he visto á usted, me ha cesado el dolor por completo; así es que si continúo tranquilo, será mejor que me evite el quedarme sin huesos. Tenga usted la bondad de recibir este billete, y adiós, señora, que ya nos volveremos á ver.

—Como usted guste, dijo la hermosa rubia sin inmutarse y recogiendo el billete.

Luis salió de allí más que á paso, dándose mil parabienes del encuentro y de haber salido ileso de la visita.

Cuando llegó á su habitación, en la que estaba Juan esperando intranquilo el resultado, cerró tras sí la puerta impulsado por un secreto temor de que le persiguiese el dentista, y dirigiéndose á su primo, exclamó.

—Estás servido, y yo con muelas afortunadamente.

VIII

La hija del dentista era tan hermosa como tonta de capirote. Una joven acostumbrada á ver el mundo y sus cosas por el prisma del criterio egoísta de su padre y que nunca había conocido esa vida del sentimiento que constituye el fondo más agradable de la mujer, participando en cambio del ambiente positivista y mercantil en que vivía el dentista. Así es que apenas recibió de Luis el billete amoroso, motivo de conmoción y alegría para cualquiera otra joven, se dirigió tranquilamente á entregarlo á su buen papá, creyendo sin duda que se trataría en él de encargar alguna dentadura: lo que prueba que aquella chica era toda una niña... boba.

El señor Encías leyó el billete, y enterado de que no había dado motivo su hija á ningún hombre para que se atreviese á dirigirle aquella declaración amorosa, se puso hecho una furia. Informado además de las señas del joven que había ido á llevar la carta con pretexto de extraerse las muelas, la indignación de aquel hombre se aumentó, sirviendo por el pronto para que acabase de destrozar las quijadas á un parroquiano, y creyendo firmemente que se trataba de una burla, adoptó su resolución.

Fuera de sí nuestro héroe, cogió maquinalmente una caja de instrumentos del arte y la cartita en cuestión, como prueba ó cuerpo del delito, y se dirigió á la habitación principal del hotel en busca del buen Juan que firmaba el billete, donde expresaba las señas de su casa, esperando la contestación.

El dentista llegó sin dificultad á la habitación donde se hallaban los dos primos, y apenas vió á Luis, que era nada menos que su compañero de viaje, no pudo hacer más que dirigirse á él, exclamando con expresión indefinible:



S. DERVAL

REUTLINGER

La Saeta

—Usted es mi sombra, caballero, y usted habrá sido sin duda el portador de este billete...

—Efectivamente, señor mío, y celebro encontrar bueno á mi compañero de viaje; pues el señor obeso que ya conocemos era en fecha y facha el mismísimo dentista.

—¿Y se puede saber, señor insolente, con qué derecho es usted el pisador de mis callos y el calavera seductor de las jóvenes?

—Prescinda usted de insultos, caballero; ya sabe usted que lo del pisotón fué obra suya, y respecto á su simpática hija, no tengo inconveniente en dar á usted mis excusas en gracia de...

—No hay excusas que valgan, señor mío... yo tengo que vengar con su sangre las ofensas que de usted he recibido, y es preciso que se bata conmigo, de no ser un cobarde malandrín. Aquí traigo mis pistolas, presente usted sus armas, y ahora mismo...

Así diciendo, el buen hombre abrió la caja que, en la precipitación con que salió de casa, había tomado equivocada, y no pudo menos de producir una carcajada á los dos primos la vista de aquellos instrumentos.

Era la situación de nuestros héroes verdaderamente difícil. Juan estaba asustado y no acertaba á explicarse lo que veía. Luis trataba inútilmente de aplacar al señor Encías, que continuaba hecho una furia, y no sabemos qué hubiera resultado de no entrar en aquel momento el papá de Juan en la habitación y de no haber podido, con su autoridad y bondadoso carácter, conseguir al cabo de cierto tiempo una perfecta conciliación.

IX

Pasados algunos días, la más completa tranquilidad había hecho borrar la impresión de estas escenas.

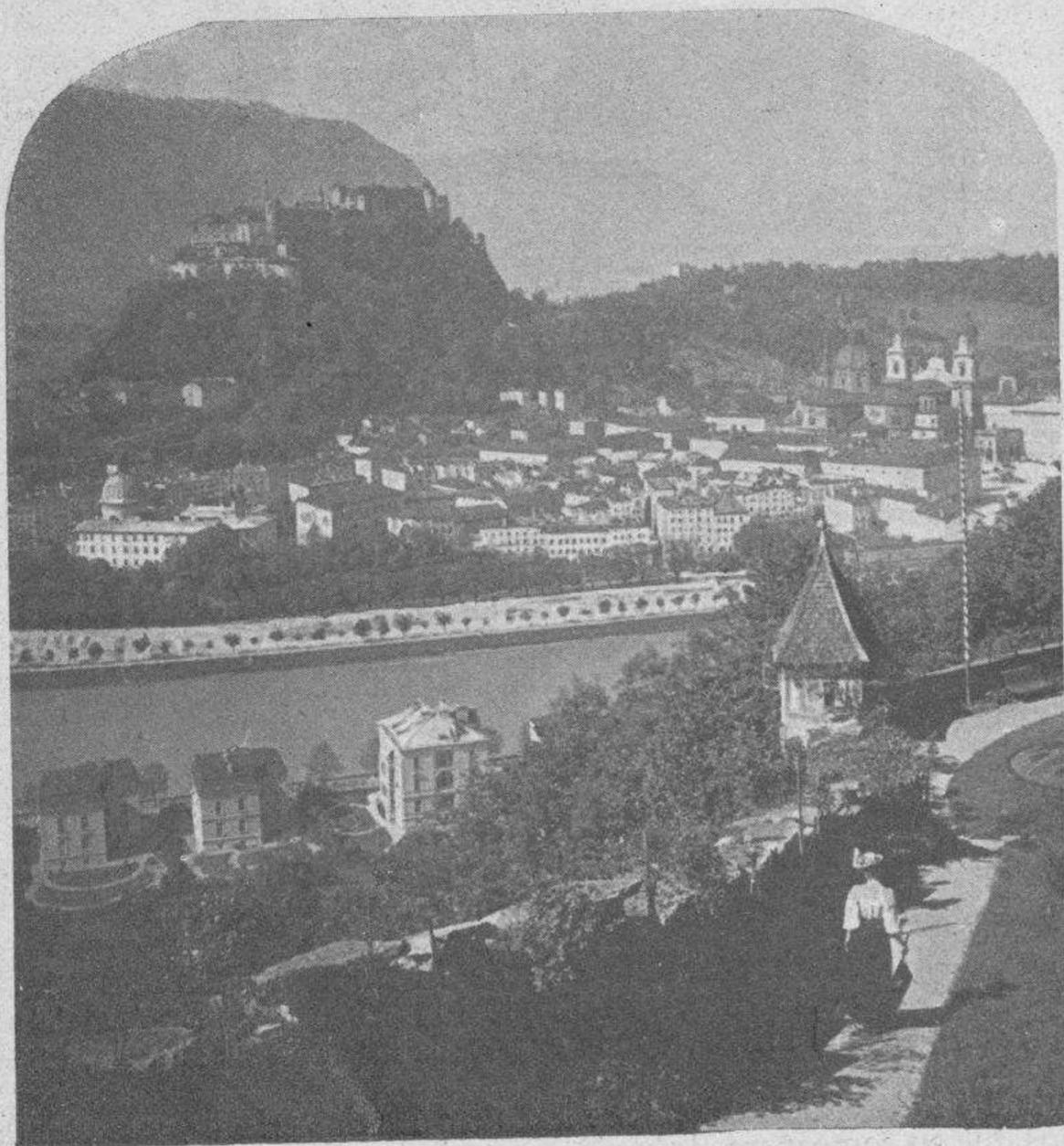
Luis hizo una excursión á Hernani acompañado de su primo, y poco tiempo le bastó para conocer que Eulalia no era á propósito, por su carácter un tanto varonil, para hacer su felicidad, así es que murieron al nacer aquellos amores. En cambio á Juan, que había logrado olvidar la inocentona rubia, le entró por el ojo derecho Eulalia, y perdiendo con ella su antigua y natural timidez, logró inspirarla un gran cariño, no cejando hasta conseguir de su papá la bendición, que consumó su suicidio... matrimonial; no muy difícil por otra parte, puesto que Eulalia, huérfana de padres, disponía de una regular fortuna.

¿Queréis saber hasta qué punto se verifican aquí todo género de contradicciones?

Pues sólo me resta añadir que, según una prueba irrecusable, que es una carta escrita por mi amigo Luis, no pudo éste menos de clavarse de veras en los ojos azules de la rubia, logrando plenamente interesarla, y dió por último al señor Encías la satisfacción de hacerlo su papá suegro, convirtiéndose desde entonces el dentista en el ser más amable y simpático del mundo.

EPÍLOGO

En la animada boda de Luis, celebrada en Alicante, donde residían sus padres, tuvo el honor de pronunciar un discurso nuestro antiguo conocido el peluquero tartamudo, para lo que fué expresamente invitado.



SALZBURG (AUSTRIA)

B. PÉREZ RIOJA



EN UN CLAVO SE ENGANCHÓ—¡SI QUISIERA USTED SACARME—DE ESTE APURILLO, SEÑOR!

MISCELANEA

AVISO IMPORTANTE

Las tapas que poseemos para encuadernar LA SAETA están tiradas en negro y oro; la alegoría del dibujo, para reproducir el cual hicimos grabar unas planchas exprofesamente, es de gusto inmejorable y forman una cubierta elegantísima.

Se hallan de venta en la Administración de este periódico á los precios siguientes: Barcelona, 2 ptas. 50 cénts. Provincias, 3 ptas.

Para los corresponsales 2 ptas. y 2'50, respectivamente.



Un gitano que estaba en un calabozo por haber hecho tres muertes y otras hazañas por el estilo, preguntó á otro individuo de mala traza que llevaron allí, poco más ó menos por los mismos delitos:

—Digasté, compare; ¿de onde es osté?

—De Rioseco; ¿y osté, camará?

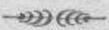
—¿Yo? de Riolargo.

—¿Pues sabusté lo que higo? que no estamos mal par de ranas.



Juan á comer convidó
á Pedro, que fué en ayunas,
y poniéndole aceitunas
al principio, lo admiró.

Y dijo:—En mi tierra ví
que éstas siempre postres fueron.
Juan respondió:—No mintieron,
que también lo son aquí.



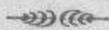
Estando un individuo bastante chato sentado en el café tomando el ídem, estornudó. Un chusco que estaba inmediato, le saludó diciéndole:

—Dios conserve á usted la vista.

Chocóle al chato la frase y la sonrisa, y dijo al entrometido saludador:

—¿Por qué ha dicho usted que Dios me conserve la vista?

—Porque en caso de acortársela, no podría usted usar anteojos.



Un obispo fué á recorrer su diócesis, y preguntándole á un cura sobre la conducta de su teniente, le contestó el buen padre:

—Ilustrísimo señor; mi teniente es un buen sujeto, sólo que no le puedo quitar la manía de que almuerce antes de decir misa.

—¿Qué atrocidad! dijo el obispo, y ¿cómo consiente usted eso?

—Señor, dijo el cura, no puedo con él; siempre le estoy diciendo: ¡Hombre! no coma usted jamón antes de almorzar; haga usted lo que yo: mi jícara de chocolate y nada más.

Charada

Cuarta prima de contento
está mi linda serrana,
porque le he comprado un traje
con golpes color de grana,
para que con sus amigas
asista al baile de máscaras,
donde piensa divertirse
dando un *prima tercia cuarta*,
á un tipo que la pretende
con intenciones bastardas...
El pensamiento es muy bueno,
digno de toda alabanza
y ¡claro! que yo la ayudo,
¿señores, no he de ayudarla?
¡Si no he visto *prima dos*
cual su *prima dos* gitana!
Y después cuando termine,
nos marcharemos á casa
comiendo los dos un *Todo*
y á Dios, le daremos gracias.

MORENO



Fuga de vocales

M.r. c.m. v.r..n
m.s. l.s..n.s
q.. .r.n fr.sc.s y h.rm.s.s
c.m. l.s fl.r.s
P.q..t. . p.c.
l.s v.s s.c.s y tr.st.s
.g..l q.. .br.j.s

RAFAEL GÓNGORA



Tercio silábico

* * * * *
* * * * *

Substituir las estrellitas por letras de forma que, vertical y horizontalmente, se lean: primera, parte del cuerpo; segunda, vestidura, y tercera, criado.

JESÚS GÓMEZ

Soluciones á lo insertado en el número 482:

CHARADA.—Paquita.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—De par en par.

CRUZ.—

R
R O I
O D Ñ
R O D R I G O
R O D R I G U E Z
I Ñ I G U E Z
G U E
O E Z
Z

Correspondencia

Un español.—Sin falta va carta para usted esta misma semana. He estado atareadísimo. Dispense. Ah... y muy bien, muy bien, querido.

L. G. H.—¡Si viera usted qué efecto más desastroso produce que el sol le pida permiso á la luna para salir todas las mañanas! Al fin y al cabo, mitológicamente, ese caballero es el amante más ó menos platónico del astro de la noche, y no puede consentirse... no puede consentirse... ea, lo diré como deben decirse estas verdades, que la hembra domine al macho. Esto será, sin ser verso (claro que no es verso) algo duro, pero también es una verdad tan grande como un templo (figura de Campoamor). No tengo yo la culpa, sino la sociedad que en tales filosofías se mete... con la punta del zapato.

S. D. M.—¿Que si tengo yo prejuicios contra los principiantes? Ni los tengo, ni los sostengo, ni los mantengo. Pero además, veamos, ¿qué entiende usted por principiantes? Es imposible que le explique yo mi pensamiento aquí, porque... hay tela para una conferencia de varios cuartos de hora. Pásese por esta redacción ó por mi casa y le diré cuanto es pertinente. ¡Principiar! ¿Sabe usted qué es principiar cuando hay muchas firmas (acreditadas y todo) que... no han principiado todavía? Precisamente por mi benevolencia han conquistado algunos puestos como el de *La Ilustración*... y no por merecerlo, sino porque trato amablemente á todo el mundo... Pero estas cosas no son para explicadas así: oportunamente pondré los puntos sobre las íes.

Malijhan.—No señor. ¿Lo quiere usted más claro? No señor; más claro, agua... Por supuesto, antes de fregar.

R. F. C.—¡Hombre, es tan bonita esa *égloga* que no resisto al placer de reproducirla!

«Él era un barbián ¡qué barbián!
plan, plan, repanplán, plan.
Ella era rocío de la mañana,
¿qué dirán ustedes?
pues sí, rocío fresco como la mañana.»

Fresco como la mañana... eso.

Y además,

plan, plan, rataplán, plan...
¿ustedes qué dirán?

¡Ay, si usted me dejara!, pues vería lo que en nombre de todos le diría!
Por lo menos, y es claro, no me inmutó, le llamaría bruto.

Lo de inmutó es ripio; pero lo de bruto nó.

T. Q. N.—¿Quién le ha dicho á usted que *hora* es lo mismo que *ora*? *Ora*, puede ser verbo y adverbio, según los labios que pronuncian la oración, hora, sustantivo. De modo que, ya ve usted que el movimiento se demuestra andando.

R. S. M.—Nó.—D. T. P.—Tampoco.—*Calig.*—Menos.—N. U.—¿Quiere usted callar?—L. V. E.—Ni que le recomendara Sus... Y así sucesivamente.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Yvolonne, y en las principales Farmacias.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

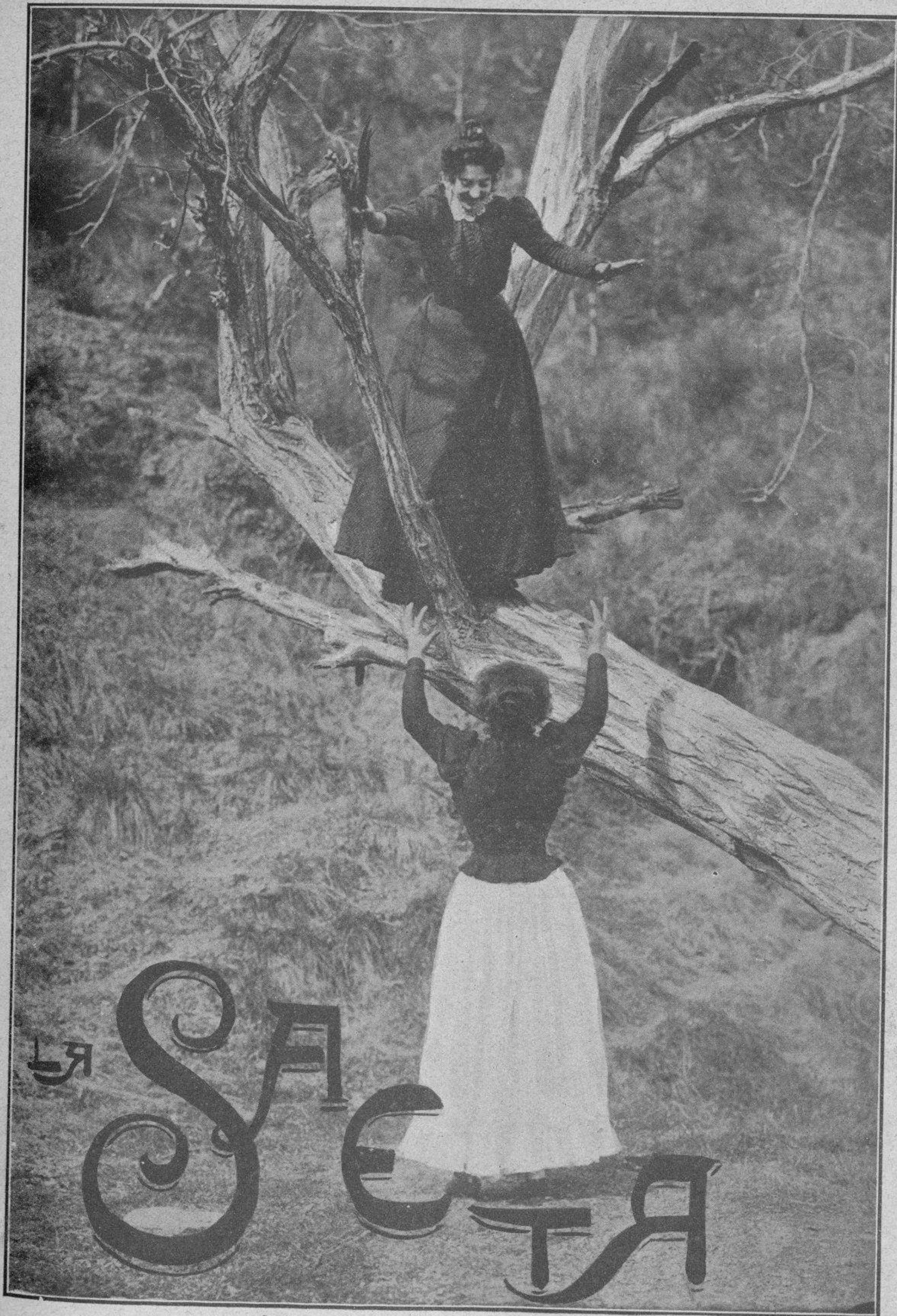
TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ✦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ✦ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)





20 cents.

Num. 484

